

# Históricas Digital

María José Garrido Asperó

"Por caminos desacostumbrados:  
*El proceso ideológico de la revolución  
de independencia*"

p. 207-222

*Escribir la historia en el siglo XX.  
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

Por caminos desacostumbrados:  
*El proceso ideológico  
 de la revolución de independencia\**

MARÍA JOSÉ GARRIDO ASPERÓ  
 Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora

Desde el prefacio tendrán la mayoría de los lectores la sensación de andar por caminos desacostumbrados.

LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ

Con estas sugerentes palabras introduce Luis González y González al lector a la reseña de la obra *La revolución de independencia. Ensayo de interpretación histórica*, título original de *El proceso ideológico de la revolución de independencia*.<sup>1</sup>

Y es que la obra de Luis Villoro es, ante todo, una propuesta teórica y metodológica particular para estudiar las ideologías de los grupos sociales y el papel que las ideas políticas desempeñan en un proceso histórico determinado, en este caso el movimiento por el cual la Nueva España abandonó su condición de colonia y accedió a la independencia política.

Esta propuesta partió de la reflexión filosófica propiamente dicha e intentó forjar categorías y esquemas adecuados que sirvieran para com-

\* Luis Villoro, *La revolución de independencia. Ensayo de interpretación histórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Consejo de Humanidades, 1953, 239 p. (Ediciones del bicentenario del nacimiento de Hidalgo). En el año de 1967 la obra fue reeditada por la Universidad Nacional Autónoma de México con el título definitivo de *El proceso ideológico de la revolución de independencia*. Las ediciones que aquí utilizo son la primera y la última (2a. ed., México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999, 255 p. (Cien de México). Las referencias a la obra que analizo aparecen en el texto indicando las palabras *Revolución* y *Proceso*, según sea el caso, y el número de la página entre paréntesis.

<sup>1</sup> En el prólogo, Villoro explica que el cambio de título obedeció a la exigencia de la claridad. El primero hacía suponer al lector que el texto ofrecía un panorama general de las causas y acontecimientos económicos, políticos y sociales del movimiento insurgente. Éste, en cambio, detalla el contenido real y los objetivos del autor: el análisis de las ideologías. En 1986, la obra fue reeditada en la colección Cien de México y en 1999 apareció en la misma colección la última edición. He dado preferencia al título *El proceso* no sólo por la advertencia del autor sino también porque, siendo en esencia el mismo libro, es con este título como más se lo conoce. Las referencias a otros textos del autor se indican con números que remiten a las notas que aparecen al final del texto. Agradezco al doctor Villoro las respuestas a la entrevista que con motivo de este ensayo le solicité, mismas que aparecen citadas tan sólo como Entrevista.

prender nuestra historia. Tuvo como raíz la confrontación con la filosofía especulativa y la llamada historia científica o positivista; y, amparada en el historicismo y el existencialismo, construyó una reflexión propia, dirigida al hombre concreto, su pensamiento, cultura e historia.

Antes de exponer los fundamentos teóricos de este método, Luis Villoro los puso en práctica en *Los grandes momentos del indigenismo en México* y de manera más acabada en *El Proceso*.<sup>2</sup> Aquí me ocuparé de esta obra y etapa del pensamiento historiográfico de don Luis Villoro.<sup>3</sup>

### *De la reflexión filosófica a la inquisición histórica*

Siendo estudiante de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, Luis Villoro fue uno de los integrantes del llamado “grupo filosófico Hiperión”.<sup>4</sup> Los miembros fundadores o “constituyentes” de este grupo, según Villoro, fueron, además de él, Emilio Uranga, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez MacGregor y Jorge Portilla, todos discípulos de José Gaos y estrechamente vinculados a Leopoldo Zea.<sup>5</sup>

<sup>2</sup> Luis Villoro resumió brevemente este método en el prólogo a la primera edición de *El proceso* y aunque está presente en varias de sus obras, lo fundamentó teóricamente en el artículo “El concepto de actitud y el condicionamiento social de las creencias”, en *El concepto de ideología y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 196 p. (Cuadernos de la Gaceta, 14), p. 99-133. En *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950, 247 p. (Seminario para el Estudio del Pensamiento en los Países de Lengua Española), Villoro analiza algunos momentos del pensamiento indígena a través de las actitudes que varios autores mostraron sobre el tema en diversas épocas.

<sup>3</sup> Esta obra fue el primer libro editado de una serie planeada por Antonio Castro Leal para rendir homenaje a Miguel Hidalgo con motivo del bicentenario de su natalicio. Fue patrocinado por el Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Luis Villoro ha dicho que el origen del libro fue casual. Su maestro Leopoldo Zea, a quien está dedicado a partir de la segunda edición, le cedió el encargo de hacer un estudio sobre las ideas políticas durante la Independencia. El libro fue concluido en noviembre de 1951.

<sup>4</sup> Luis Villoro cuenta que, “con la petulancia de la juventud” dieron este nombre al grupo: “Hiperión, hijo de El Cielo y de La Tierra, encargado de dar sustancia concreta, limo terrenal, a las etéreas ideas”. Según Elisabetta di Castro S., otro de los miembros fundadores del grupo, Joaquín Sánchez MacGregor, afirmó que el nombre hacía referencia a Gea (La Tierra) y Urano (El Cielo), reconociendo con ello el liderazgo que ejercían Leopoldo Zea y Emilio Uranga. Luis Villoro, “Emilio Uranga: análisis del ser del mexicano”, en *En México, entre libros. Pensadores del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio Nacional, 1995, 220 p. (Cuadernos de la Gaceta, 87), p. 119-135, p. 120, y Elisabetta di Castro S., “Los trazos del pensamiento. Luis Villoro y la autenticidad de la filosofía”, *Humanidades. Un periódico para la Universidad*, México, n. 158, 25 de febrero 1998, p. 3, 9.

<sup>5</sup> Se incorporaron después a sus sesiones Salvador Reyes Nevares, Fausto Vega, Fernando Salmerón y Jorge López Páez. Luis Villoro, “Génesis y proyecto del existencialismo en México”, *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, t. XVIII, n. 36, octubre-diciembre 1949, p. 233-244, p. 241, y Elisabetta di Castro S., *op. cit.*, p. 1.

Los hiperionidas, dice Villoro, se formaron (a mediados de los años cuarenta del siglo pasado) como grupo de estudio, para discutir y compartir las preocupaciones intelectuales de sus integrantes. Reaccionaban contra la actitud imitativa del pensamiento mexicano, pendiente de repetir teorías ajenas. Pretendían fundar una filosofía propia comprendiendo la historia y cultura nacionales con categorías filosóficas derivadas de la reflexión sobre la realidad concreta mexicana y su circunstancia histórica.<sup>6</sup>

En palabras de Luis Villoro: “queríamos acabar con la filosofía concebida como retórica fácil o imitación servil de doctrinas importadas, intentar una filosofía auténtica, es decir, una reflexión propia, que respondiera a nuestras verdaderas necesidades y problemas”.<sup>7</sup> Las preocupaciones de los hiperionidas formaban parte de una inquisición colectiva, de un movimiento cultural más amplio que había arrancado con la Revolución Mexicana y que para la década de los cuarenta se había convertido en un programa teórico a seguir: el descubrimiento y la valoración de la realidad latinoamericana en general y de la mexicana en particular. Esta toma de conciencia estaba ligada a la intención de hacer de la reflexión filosófica el medio de la liberación de estas naciones.<sup>8</sup> El grupo, dice Villoro, intentó darle a esa inquisición una dimensión más reflexiva y sistemática, con las armas del pensar filosófico.<sup>9</sup>

Para Luis Villoro, el grupo Hiperión fue tanto un proyecto válido como una lamentable equivocación, porque:

algunos integrantes del grupo interpretaron ese intento como una investigación sobre lo distintivo de la cultura y el “modo de ser” mexicanos. Esa interpretación fue, a mi juicio, una equivocación. Filosofía auténtica no es “filosofía de lo mexicano” —como llegó a conocerse ese proyecto— sino pensar con nuestra propia razón, desde nuestra realidad, sobre los problemas, que compartimos con todos los pueblos.<sup>10</sup>

Para él, filosofía auténtica significaba entonces, como ahora, autonomía de la razón y congruencia entre pensamiento y vida. La búsqueda de una filosofía original no suponía el rechazo de sistemas de pensamiento originarios de otras latitudes ni el sacrificio de las preocupaciones uni-

<sup>6</sup> Luis Villoro, “Emilio Uranga...”, p. 120.

<sup>7</sup> Boris Berenzon, “Entrevista a Luis Villoro”, *Boletín Filosofía y Letras*, México, n. 10, agosto-septiembre 1996, p. 30-32, p. 30.

<sup>8</sup> Luis Villoro analiza las características y las etapas de esta actitud de recuperación y revaloración de la cultura nacional en los artículos “La cultura mexicana de 1910 a 1960” y “Leopoldo Zea: la posibilidad de una filosofía latinoamericana”, en *En México, entre libros...*, p. 9-38 y 90-118.

<sup>9</sup> Luis Villoro, “Emilio Uranga...”, p. 121.

<sup>10</sup> Boris Berenzon, *op. cit.*, p. 30.

versales propias de todo pensar filosófico en aras del descubrimiento de lo propio, de “lo mexicano”, como fin en sí, sino el paso de la reiteración de opiniones recibidas para su examen y crítica para sostener sólo las ideas que responden a nuestras motivaciones personales, necesidades e intereses reales.<sup>11</sup>

Teníamos el proyecto de pensar por nosotros mismos, a partir de nuestra realidad concreta. Y lo concreto es historia. Ir a lo concreto no es tomar como objeto expreso de reflexión “lo mexicano” o “lo latinoamericano”, sino plantear los problemas universales de toda filosofía, estudiando cómo se ejerce la razón en circunstancias históricas.<sup>12</sup>

La reflexión sobre lo propio era un medio para acceder a la universalidad.

En el año de 1950, uno antes de que concluyera la redacción de esta obra, Luis Villoro publicó un texto en el que se descubren, a manera de confesión, las corrientes filosóficas que más influyeron en su pensamiento durante esta época.<sup>13</sup> El autor de *El Proceso* sostenía entonces que fueron el historicismo y el existencialismo, como continuación natural y quizá superación de aquella corriente venida de España, las doctrinas que proporcionaron a los integrantes del grupo Hiperión el marco conceptual para distanciarse de la filosofía especulativa e indagar en la filosofía propia.<sup>14</sup>

Luis Villoro comenta que él y sus pares conocieron a Ortega y Gasset a través del único maestro que veneraban, José Gaos.<sup>15</sup> Confiesa que, aun-

<sup>11</sup> Luis Villoro, “Leopoldo Zea...”, p. 98, y Elisabetta di Castro S., *op. cit.*, p. 1.

<sup>12</sup> Boris Berenzon, *op. cit.*, p. 32.

<sup>13</sup> Luis Villoro, “Génesis...” En un texto posterior, Villoro calificó este artículo de “mediocre”, dado que, a su juicio, no logró precisar la vía metodológica que debía seguir el Hiperión. Para mí es, sin embargo, una valiosa fuente, pues revela las preocupaciones y preguntas que el grupo y, en particular, Luis Villoro hacían entonces a su presente y a la historia. “Emilio Uranga...”, p. 123.

<sup>14</sup> Luis Villoro, “Génesis...”, p. 237.

<sup>15</sup> Luis Villoro, en varias ocasiones, ha señalado la influencia decisiva que ejerció el maestro español en su formación. Lo impresionó su exigencia de rigor y claridad de pensamiento; pero fue, sobre todo, un estímulo para pensar los problemas filosóficos en relación con la circunstancia histórica. José Gaos, como señalan Clara Lida y José Antonio Matesanz, sostenía que la filosofía no era un conocimiento acabado, universalmente válido, sino un conocimiento vinculado a la circunstancia histórica dentro de la cual se producía y pensaba. Por ello, proponía a sus alumnos ocuparse de las realidades ideológicas mexicanas, y que en el análisis de esas formas de pensamiento no impusieran los esquemas interpretativos existentes en otras culturas, sino que los dedujeran de la realidad estudiada. José Gaos fue quien condujo a Villoro al encuentro con la historia y al encuentro con la historia de las ideas. Clara Lida y José Antonio Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*, con la participación de Antonio Alatorre, Francisco R. Calderón y Moisés González Navarro, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1990, 398 p. (Jornadas, 17), p. 182, y Entrevista.

que la filosofía de Ortega no les interesó “demasiado”, los hiperionidas le habían heredado (poca cosa), a través de Gaos, una visión de la filosofía como meditación sobre el hombre concreto en su circunstancia y una idea de la razón como razón histórica.<sup>16</sup>

A esta influencia se sumó la del existencialismo francés, con su insistencia en el hombre concreto, en situación, o la “libertad en situación”, como tema central de la filosofía. Villoro conoció esta corriente de pensamiento, una vez más, a través de los cursos y seminarios de José Gaos. En Gaos, afirma Villoro, y en el pensamiento de otro trasterrado, el maestro Juan David García Bacca, se revela el tránsito del historicismo al existencialismo.<sup>17</sup>

En 1948, el Hiperión organizó un ciclo de conferencias sobre el existencialismo francés. Luis Villoro participó con una plática que tituló “La reflexión sobre el Ser en Gabriel Marcel”.<sup>18</sup> Cierra este listado la visita a México del filósofo Maurice Merleau-Ponty en 1949, que contribuyó a la difusión de esta corriente en nuestro país.<sup>19</sup>

En 1950, Villoro afirmaba que:

Anima al grupo Hiperión un proyecto consciente de autoconocimiento que nos proporcione las bases para una posterior transformación propia. Ya no se pregunta estrictamente por los caracteres de la circunstancia, sino por los principios que la condicionan y dan razón de ella. De la investigación psicológica e histórica se transita a la inquisición ontológica sobre la propia realidad. Se trata de elaborar un sistema categorial propio que dé razón de los elementos de nuestra psicología e historia, retrotrayendo estos elementos a las características ónticas que los fundamentan. Y la filosofía que justifique ese proyecto nuevo no podrá ser ya el historicismo.

<sup>16</sup> Luis Villoro, “Emilio Uranga...”, p. 121.

<sup>17</sup> Luis Villoro afirma que fue José Gaos el introductor de la filosofía heideggeriana en México, quien desde 1942 expuso sistemáticamente esta doctrina y en conferencias y artículos dio a conocer su propio pensamiento sobre la nueva filosofía. Varios de esos textos fueron publicados en la revista *Filosofía y Letras*. En 1942, el maestro Juan David García Bacca dictó en la Facultad de Filosofía y Letras un curso sobre el existencialismo. Cinco años después publicó en *Cuadernos Americanos* un artículo en el que comparaba el existencialismo alemán con el francés. Luis Villoro, “Génesis...”, p. 237, y Entrevista.

<sup>18</sup> Las otras ponencias fueron: Emilio Uranga, “Maurice Merleau Ponty: fenomenología y existencialismo”; Jorge Portilla, “La náusea y el humanismo”; Joaquín Sánchez MacGregor, “¿Hay una moral existencialista?”, y Ricardo Guerra Tejada, “Jean-Paul Sartre, filósofo de la libertad”. Todas las ponencias fueron publicadas en el número 30 de la revista *Filosofía y Letras*.

<sup>19</sup> Durante los primeros meses de 1949, la Facultad de Filosofía y Letras organizó un ciclo de conferencias sobre diversos temas históricos y filosóficos. Maurice Merleau-Ponty participó con una serie de pláticas a las que dio el título general de “El existencialismo francés y sus problemas”. *Filosofía y Letras*, México, n. 33, enero-marzo 1949, p. 153-161, y Luis Villoro, “Génesis...”, p. 240 y 241.

La filosofía existencial que se dirige al ser y no al mero acaecer, proporcionará el instrumental adecuado que justifique la tarea.<sup>20</sup>

A estas influencias básicas se añadía la reflexión sobre los principios del método histórico de Karl Marx que a Villoro había empezado a interesarle durante la redacción de su libro anterior, sobre el indigenismo en México. El materialismo histórico, dice, le parecía insuficiente. “De su crítica nació la idea de construir la noción de ‘actitud histórica’ para la explicación de las acciones y las ideologías de los grupos o clases sociales”.<sup>21</sup>

Así, el ambiente intelectual en el que surge el libro ya no sólo observaba la realidad mexicana preguntándose por los caracteres de la circunstancia, también por los principios que la condicionan y dan razón de ella. A la tendencia historicista se sumó la exhortación del existencialismo francés por una filosofía comprometida con la propia realidad. En el historicismo y el existencialismo, ambas filosofías de lo concreto y atentas a la situación histórica, estaba, reconoce, el tema de su tiempo.<sup>22</sup>

De modo que, sin abandonar el estudio de lo concreto, o, a través de lo concreto, Luis Villoro, con su generación, transitaba de la búsqueda de particulares a la de universales, de las circunstancias al Ser.

El *proceso* responde a este doble proyecto intelectual. El estudio de las ideologías de las clases sociales que intervinieron en la revolución de independencia significaba para Villoro tanto la oportunidad de contribuir al esclarecimiento de la identidad cultural mexicana, como la ocasión de analizar cómo se ejerce la razón en una circunstancia histórica determinada. Tales objetivos respondían al programa propuesto por el grupo Hiperión y al que Luis Villoro se había fijado.<sup>23</sup>

La reflexión filosófica fue el camino que condujo a Villoro al encuentro con la historia y con la historia de las ideologías. La independencia de México, ha dicho, se le ofrecía como el momento histórico en el que el país negaba su pasado y se dotaba de su propio ser, proyectando un futuro propio.<sup>24</sup>

<sup>20</sup> Luis Villoro, “Génesis...”, p. 241.

<sup>21</sup> Entrevista.

<sup>22</sup> Luis Villoro, “Emilio Uranga...”, p. 122.

<sup>23</sup> “Luis Villoro”, en Jean Meyer (coord.), *Egohistorias. El amor a Clío*, México, Centre d’Études Mexicaines et Centraméricaines, 1993, 236 p., ils., p. 191-201, 195.

<sup>24</sup> Para Luis Villoro esta obra y *Los grandes momentos del indigenismo en México* son un antecedente lejano de sus reflexiones filosóficas posteriores. Éstas, sus dos encuentros con la historia, le suministraron una manera de comprender el problema de la identidad nacional y los proyectos de nación. En ellas, advierte, empezó a vislumbrar cómo se presentan en una situación histórica concreta problemas que conciernen a la ética política, tales como la relación de medios y fines en la acción política, la utopía, la moral concreta, y la relación entre actitudes históricas y valores, entre otros. Entrevista.

*El proceso* aportó una novedosa interpretación a la historiografía de la revolución de independencia de México y a la historia de las ideas políticas. Está sustentado en un abundante y riguroso tratamiento de fuentes, así como en una sólida propuesta interpretativa. Luis Villoro consultó los textos básicos que cuentan la historia política de la revolución de independencia de México. Cabe destacar aquí que más allá de la cantidad de documentos reunidos lo significativo en este ejercicio es la crítica a que el autor los sometió y, con mayor razón, la interpretación que les dio.

De las fuentes secundarias destacan las obras de Silvio Zavala, *Historia de América*, tomo VII (1940), y de Luis González y González, "El optimismo nacionalista como factor de la independencia" (1948), en las que encuentro un antecedente de la propuesta teórica de Luis Villoro. Me refiero a la vivencia de la temporalidad como factor constructor de las ideologías. En el primero, la vuelta al origen, en el segundo, la proyección al futuro. En las ediciones posteriores incorporó como fuentes secundarias los textos publicados después de su obra. Libros que reforzaron la propuesta planteada y con los que estableció interesantes discusiones. Son los casos de José Miranda, *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas; primera parte: 1521-1820* (1952) y "El influjo político de Rousseau en la independencia mexicana", *Presencia de Rousseau* (1962); Francisco López Cámara, *La génesis de la conciencia liberal en México* (1954); Jesús Reyes Heróles, *El liberalismo mexicano. Los orígenes* (1957) y "Rousseau y el liberalismo mexicano", *Presencia de Rousseau* (1962); Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México* (1969), y David Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico, 1763-1810* (1971).

Quiero destacar aquí que, además de los aciertos ya señalados, *El Proceso* goza de la claridad de estilo del autor, quien completando las operaciones historiográficas apuntadas por José Gaos, envuelve al lector en sus categorías y propuesta y lo conduce, con la precisión del escritor, a sus conclusiones.

Pese a las virtudes mencionadas el libro fue en gran medida mal recibido. La obra fue reseñada por Luis González y González y Catalina Sierra Casasús en el año de 1954 en la revista *Historia Mexicana* de El Colegio de México, así como por Xavier Tavera Alfaro en la revista *Filosofía y Letras*, de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el año de 1955. González y Tavera no dudan en reconocer las virtudes y aportaciones del libro como una nueva interpretación de la revolución de independencia. Coinciden en destacar la labor de Luis Villoro como "erudito", "historiador científico" y "filósofo de la historia". Ambos señalan que no es extraño que el fracaso de la revolución haya encontrado intérprete idóneo en un hiperionida. Catalina Sierra, representa la opinión de los his-

toriadoreos “científicos”: no duda en desechar la propuesta en todas sus partes.<sup>25</sup>

Y es que el espíritu de la época era hostil a los planteamientos filosóficos para abordar la historia. Filosofar no era tarea de historiadores, historiar no era el campo propicio para el desarrollo del pensamiento filosófico. En palabras de Leopoldo Zea:

Los estudiosos de la historia de nuestras ideas se han encontrado prácticamente entre dos fuegos: los historiadores encontraban su labor demasiado abstracta; los profesores de filosofía demasiado concreta. La historia de las ideas aparecía como una labor híbrida, sin alcanzar a ser historia ni filosofía.<sup>26</sup>

Con esa conciencia, el autor de *El Proceso* advierte en el prefacio de la obra que su ensayo: “no pretende, pues, suplantar la tarea del historiador especializado, sólo aspira a coadyuvar en su labor, proponiendo posibles métodos y criterios interpretativos” (*Revolución*, p. 9), método y criterio en el que historia y filosofía se complementan recíprocamente.

Luis Villoro trató de escribir una historia que superara dos escollos contrarios,

por un lado, la mera narración de acontecimientos (la historia “*événementielle*” como la denominan los franceses); por el otro, la explicación por un modelo general abstracto y por “leyes” generales (la historia de raíz marxista). Buscaba una historia que me dijera algo sobre el sentido humano de las acciones e ideologías colectivas el cual no se expresa en la simple suma de acontecimientos ni se muestra en el cumplimiento de leyes causales, pero tal vez puede barruntarse en las distintas actitudes ante la vida y las diferentes vivencias del tiempo, con que los actores ponen en juego su existencia.<sup>27</sup>

*La “actitud histórica”: una nueva vía para la explicación de las ideologías*

La propuesta interpretativa construida por Luis Villoro para analizar las ideas políticas de los grupos sociales que intervinieron en la revolución

<sup>25</sup> Donde noto con mayor extrañeza la poca acogida del libro es en las obras publicadas posteriormente. Baste mencionar que Francisco López Cámara en *La génesis de la conciencia liberal en México* (1954) y Jesús Reyes Heróles en *El liberalismo mexicano* (1957) no lo incluyen en su bibliografía.

<sup>26</sup> Leopoldo Zea, “La historia de las ideas en Hispanoamérica”, *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, t. XLX, n. 38, abril-junio 1950, p. 365-372, p. 365.

<sup>27</sup> Entrevista.

de independencia surgió de la convicción de que era imposible seguir interpretando a la revolución como un movimiento en el que se enfrentaron sólo dos tendencias políticas o ideologías, como el simple cambio de las influencias filosóficas. Esa interpretación no explicaba las contradicciones con que se consumó la independencia.<sup>28</sup>

Villoro propone que la significación de las ideas políticas varía con la función que desempeñan, es decir, con el uso concreto que se les da en una situación determinada. Esto es lo que revela su sentido. Por ello, la mera procedencia de un sistema de pensamiento o teoría política indica poco acerca de su significado en un proceso histórico determinado. Exige, para su cabal comprensión, una explicación que no se sitúe en el campo de las influencias externas, sino en el “estrato” que condiciona la posibilidad de su aceptación o rechazo (*Proceso*, p. 136).

Propone un esquema teórico en el que son las “actitudes históricas” de los grupos o clases sociales (términos que usa indistintamente) que intervienen en ese proceso las que explican la aceptación de las ideas políticas. Las actitudes son

las disposiciones comunes a los miembros de un grupo, favorables o desfavorables hacia la sociedad existente, que se expresan en creencias sobre la sociedad de acuerdo con preferencias y rechazos e impulsan comportamientos consistentes con ellas. Las actitudes implican la adhesión a ciertos valores y el rechazo de situaciones que no permiten realizarlos.<sup>29</sup>

Estas actitudes, que están condicionadas por la situación económica y social en que se desenvuelve el grupo, implican una vivencia peculiar de la temporalidad; suponen una manera propia de vivir el tiempo histórico “con la que los actores ponen en juego su existencia” (*Revolución*, p. 10).<sup>30</sup>

<sup>28</sup> Como advierte el autor, hasta la publicación de la obra que me ocupa, la revolución de independencia era interpretada como manifestación de la comunión universal provocada por la Ilustración y la Revolución Francesa o como una reacción tradicionalista contra las innovaciones liberales de la península y en defensa de los valores hispánicos y religiosos amenazados. Villoro advierte que la revolución es, por el contrario, la resultante de un complejo de movimientos que divergen entre sí y tienen su asiento en distintas capas de la sociedad. Por ello, afirma, resultan parciales todos los intentos de interpretación unívoca (*Revolución*, p. 11).

<sup>29</sup> Luis Villoro, “Sobre el concepto de revolución”, *Teoría. Revista de filosofía*, México, año 1, n. 1, julio 1993, p. 69-86, p. 72. Encuentro en esta forma de definir el concepto de “actitud histórica” la influencia de José Ortega y Gasset. En concreto me refiero a lo que el filósofo español expuso sobre el lugar que las “ideas” y las “creencias” ocupan en la conformación de una ideología. José Ortega y Gasset, “Ideas y creencias”, *Obras de José Ortega y Gasset*, 2 v., Madrid, Espasa-Calpe, 1943, v. 2, p. 1657-1700.

<sup>30</sup> Entrevista.

La vivencia de la temporalidad, es decir, la concepción del hombre y del acontecer, se traduce en un proceso histórico determinado, en la búsqueda del “principio”. El principio, que es entendido como el origen de la comunidad histórica y como el fundamento en que se basa el orden social, otorga sentido y explica la acción del grupo en el acontecer histórico. El principio, cumple así, señala Villoro, una función esclarecedora y normativa de la acción.<sup>31</sup>

La situación, es decir, la posición de cada grupo en el proceso de producción y reproducción de la vida real, constituye el punto de partida de cualquier actitud histórica. Toda situación, sostiene Villoro, puede considerarse un desafío tácito a la acción y “la dinámica histórica sólo da comienzo con la respuesta del individuo o grupo social a la situación en que se encuentra”. La respuesta que da a esa situación informa de la peculiar actitud que asume el grupo ante su mundo histórico. Ante su propia realidad (*Revolución*, p. 8).

Las actitudes históricas de un grupo, advierte el autor, se infieren por los documentos y se explican por la relación que establecen sus miembros con los otros grupos. Así, los datos, los documentos que informan sobre la situación económica y social de grupo, el recuento de las acciones de los hombres, las “ideas que lega a la posteridad”, son para Villoro testimonios involuntarios de una actitud de la existencia ante su ser y ante su mundo, que “sólo revelan su sentido cuando nos preguntamos por las actitudes históricas que los hicieron posibles”. Esta categoría permite comprender los datos, al conectarlos en una unidad que les da coherencia, es el principio explicativo que los unifica en una “conexión con sentido” (*Revolución*, p. 8).

Las ideologías, los sistemas de creencias condicionados por situaciones históricas determinadas, se explican, finalmente, por las actitudes que asume el grupo ante su mundo histórico, ante su propia realidad.<sup>32</sup> La concepción política es una forma de comprensión de su situación. Forma que depende de la actitud peculiar que el grupo asume ante el mundo en que se encuentra: la interpretación de su pasado, la vivencia del presente y la proyección de su futuro.

<sup>31</sup> Luis Villoro, “Las corrientes ideológicas en la época de la Independencia”, *Estudios de historia de la filosofía en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1973, p. 203-242, p. 204.

<sup>32</sup> Luis Villoro define el término ideología como “el conjunto de creencias de un grupo social, insuficientemente justificadas, que cumplen la función de promover el poder de ese grupo” y como “Forma de ocultamiento en que los intereses y preferencias propios de un grupo social se disfrazan, al hacerse pasar por intereses y valores universales”. Luis Villoro, “El concepto de actitud y el condicionamiento social de las creencias”, p. 99-133, p. 111, y “Del concepto de ideología”, *El concepto de ideología y otros...*, p. 12-45, p. 18.

Este esquema, advierte el autor, explica la relación existente entre la situación económica y social del grupo con sus ideologías políticas a través de una categoría intermedia: su actitud histórica o disposición a actuar y, permite suministrar una explicación racional a un proceso histórico. La categoría de “actitud histórica” es la propuesta interpretativa que Luis Villoro aportó al estudio de las ideologías y en concreto al de las ideas políticas de los grupos sociales que intervinieron en la revolución de independencia.<sup>33</sup>

### *Las actitudes históricas durante la revolución de independencia*

Luis Villoro distingue cuatro actitudes históricas durante la revolución de independencia: el “preterismo estático”, el “preterismo dinámico”, el “futurismo” y el “instanteísmo”. Cada una corresponde a las cuatro “situaciones” o clases sociales que identifica en vísperas de la revolución: la “clase dominante del grupo hegemónico” que por comodidad de expresión sintetiza como la “clase europea”, la “clase dominante, los otros grupos” (que en la primera edición era nombrada como clase “euro-criolla”), la “clase media” y la “clase trabajadora”.

Las clases o grupos sociales, los “mundos vividos en común”, las circunscripciones del “mundo social vivido por cada hombre”, se definen, según Villoro, porque sus miembros tienen intereses comunes, dan preferencia a ciertos valores sociales sobre otros, tienen una común manera de vivir el tiempo histórico y por lo tanto poseen una misma disposición a actuar en la realidad que les es dada (*Revolución*, p. 8).

De tal manera que es la común actitud histórica y la relación que un grupo establece con los otros el criterio con el que Villoro distingue a cada uno de estos sujetos colectivos e identifica su ideario político. Nada tienen que ver para su determinación como grupo ni para su concepción política la procedencia geográfica o racial de sus miembros.

La “clase europea”, que incluía a distintos grupos sociales (burocracia política, alto clero, cuadros superiores del ejército y al sector económicamente hegemónico: mineros y comerciantes, en su mayoría europeos) dependía social y económicamente de la metrópoli. Colocada en la cima del poder político y económico, fue el sostén del orden establecido y el foco de todos los movimientos contrarrevolucionarios.

Esta clase percibía el desarrollo de la sociedad de manera estática. Su tiempo era el pasado. El presente y el futuro eran tan sólo su conti-

<sup>33</sup> Entrevista.

nuidad y persistencia. Para ella, afirma Villoro, el desarrollo de la sociedad no se regulaba por la acción voluntaria y racional del pueblo, sino por las estructuras formales que se les habían entregado. La prosperidad material y el auge cultural que vivió la Nueva España en la segunda mitad del siglo XVIII no indicaba, para esta clase, ninguna posible transformación, tan sólo exigía un orden administrativo eficaz.

La “clase europea” preterizaba el futuro para asegurar su posición en él (*Proceso*, p. 186 y 188) Esta actitud histórica encontraba en la teoría del derecho divino de los reyes y en la monarquía absoluta el sustento ideológico que justificaba y avalaba su posición privilegiada.

Los otros grupos de la clase dominante (los propietarios ligados al sector interno de la economía, el clero y los cuadros medios del ejército, en su mayoría, pero no únicamente, criollos), unidos por el sentido ambiguo de su dependencia a la corona, veían en el pasado un tiempo que no era estático y fijo, sino que se encontraba en devenir constante. Esta clase, sostiene Villoro, entendía el acontecer histórico como una lenta transformación que modificaba a la sociedad, pero sin convulsiones ni violencia.

Para los criollos privilegiados la independencia era deseable. Pensaban que ella eliminaría las trabas políticas que el régimen colonial les imponía, pero suponían que el cambio debía ser el resultado de una lenta transformación que cumpliera en el presente y el futuro los valores del pasado. No debía ser el fruto de la voluntad humana, de la “libertad”, sino de la “madurez” del mismo proceso histórico. Esta actitud, dice Villoro, lejos de suponer la negación de las etapas que la precedieron, se determinaba por ellas. La sociedad no elegía otros valores, sino que cumplía y completaba los de la etapa colonial. La independencia sería así, para esta clase, el cumplimiento y persistencia del México colonial (*Proceso*, p. 208 y 210).

La prosperidad de su situación económica, su ambigua situación de dependencia y esta particular actitud histórica provocaron que este grupo impugnara unas veces al régimen colonial y, otras, lo sostuviera actuando al lado de la “clase europea”.

La “clase media o criolla”, desligada de la metrópoli, sin propiedad ni capital, formó una elite intelectual unida por la insatisfacción común e intentó rehacer la sociedad a partir de una teoría. Estos criollos, desplazados por el orden colonial, tendieron a negarlo y oponerle otro orden fraguado en sus proyectos políticos.

Esta clase transitó de un ideario político fincado sobre la concepción hispánica tradicional a otro modelado por el moderno liberalismo. Estas dos etapas ideológicas, dice Villoro, pueden considerarse como niveles de un radicalismo creciente que, a su vez expresan, distintos momentos

de una misma actitud histórica: el retorno a los orígenes de la comunidad y la negación del pasado (*Proceso*, p. 115).

En un primer momento, los criollos refugiados en el Ayuntamiento de la ciudad de México recuperaron el pasado para fundamentar con él el origen de la comunidad histórica y de la organización social: la conquista, las leyes de partida, las leyes fundamentales del reino. Negaban así el pasado inmediato para llegar al “principio” que era el fundamento de la sociedad y comienzo de la vida histórica. Era el suyo un movimiento de retorno a la tradición, a las leyes y a la historia, que sólo proponía reformas limitadas. Su actitud no ponía en cuestión la validez del orden legal, exigía su cabal cumplimiento. “Lejos de pretender establecer el derecho sobre la libertad, el movimiento es el contrario: fincar sobre un orden jurídico ya dado cualquier progreso en libertad” (*Proceso*, p. 64).

Después, cuando esta clase resintió el agravio del ofensor (1808) y ante la incorporación de las clases trabajadoras al movimiento (1810) operó en la “clase media” una actitud que Villoro llama de “conversión”, con la que los criollos de la clase media dieron el salto a la opción revolucionaria. En ese momento el criollo advirtió “la posibilidad de la libertad como origen de la ley” para fincar sobre ella todo orden social (*Proceso*, p. 68).

Al lado de la concepción hispánica tradicional que apelaba a las leyes fundamentales del reino, surgió la tendencia a negar el orden jurídico colonial en bloque. La negación del pasado ya no se detenía en la conquista; abarcaba el periodo colonial como un todo.

La negación del pasado, sostiene Villoro, obligó a la clase media a buscar un ideal que nada tuviera que ver con la tradición que abandonaba y que pudiera “abrazar en un puro movimiento de la libertad”. Su actitud condujo a esta clase al encuentro y aceptación de las teorías políticas liberales: a la república y al sistema representativo, teorías que desestimaban el tradicional orden hispánico.

En el Congreso de Chilpancingo Villoro percibe el triunfo de esta actitud histórica y de la nueva concepción política. La clase media reunida en este Congreso, al desconocer la organización política y social de la monarquía española, ya no fundaba la independencia en las antiguas leyes; por el contrario, construía la nación sobre la noción de soberanía popular. La clase media abolía, con ello, la constitución social de la colonia y elegía organizarse libremente de nuevo. En el Congreso de Chilpancingo, el criollo privilegiado negó totalmente el pasado e intentó reanudar otra vida histórica sobre un nuevo acto de elección libre.<sup>34</sup>

Fueron, afirma Villoro, la radicalización de la acción revolucionaria, el contacto con el pueblo y la negación del pasado, los factores que hicie-

<sup>34</sup> Luis Villoro, “Las corrientes ideológicas...”, p. 230.

ron posible la aceptación de las nuevas doctrinas políticas.<sup>35</sup> Los ideólogos insurgentes se abrieron así a las ideas democráticas en sus versiones francesa y gaditana, cuya aceptación, insiste Villoro, fue propiciada por la negación del pasado y la proyección de un futuro distinto.

La concepción democrático-liberal que acabó adoptando le ofreció al criollo un sistema de principios que podían servirle de base. La nueva sociedad proyectada actuaba como una idea regulativa de la acción; poco importaba, dice Villoro, que existiera o no de hecho; lo significativo es que servía como meta donadora de sentido al proceso histórico que esta clase comenzaba. Esta actitud depositaba en el futuro todos los esfuerzos del presente (*Proceso*, p. 168).

La actitud histórica de la clase media se nos ha presentado en tres aspectos que se implican recíprocamente. Trinitaria unidad, es a la vez negación de la realidad, repetición del origen y elección de la posibilidad [...]. En cuanto negación se refiere al pasado, o al presente como vestigio de éste; en cuanto repetición se refiere a sí mismo, es decir a la libertad que renueva las posibilidades históricas en el instante; en cuanto elección se refiere al futuro [*Proceso*, p. 170].

La “vivencia del instante” fue la actitud histórica de la “clase trabajadora”, en la que sin conciencia de clase, pero compartiendo la misma situación oprimida, se unieron indios, negros y castas. Esta clase, situada en el presente, derogó el orden impuesto y se erigió a sí misma como fundamento del orden social. El presente era para ella el principio a partir del cual se desplegaba la temporalidad de la comunidad histórica (*Proceso*, p. 77).

La guerra era un valor en sí que no se remontaba al pasado ni proyectaba una nueva organización política en el futuro: por ello, esta clase buscaba la destrucción más que la creación (*Proceso*, p. 80).

En esta actitud histórica Luis Villoro encuentra los rasgos con que Karl Mannheim, en *Ideología y utopía*, había caracterizado a los movimientos milenaristas. El movimiento de independencia era vivido por indios, castas y negros como el establecimiento del reino de la religión y de la igualdad. Su tiempo era un presente indeterminado (*Proceso*, p. 85 y 86).

Luis Villoro concluye que el grupo de criollos privilegiados derrotó a la “clase europea” consumándose la independencia como una contra-

<sup>35</sup> En un artículo posterior Villoro fundamenta teóricamente la relación existente entre “revolución” y negación del pasado. Advierte que sólo cuando se niega lo anterior y se intenta reemplazar el poder existente por otro distinto se puede hablar de revolución como “racionalización de la actitud colectiva de renovación del orden social”. “Sobre el concepto de revolución”, *Teoría. Revista de Filosofía*, México, año 1, n. 1, julio 1993, p. 69-86, p. 74.

rrevolución. Como la actitud del grupo vencedor estaba encaminada a lograr tan sólo el acoplamiento de la estructura administrativa y legislativa a su situación económica y social evitó la transformación del orden antiguo en el sentido de las nuevas ideas liberales, y optó por una constitución moderada, respetuosa de la monarquía y del orden social tradicional, eliminó las estipulaciones legislativas que se oponían a su desarrollo y otorgó algunas concesiones a la clase media y a las castas para evitar su descontento (*Proceso*, p. 200). Obtenida la independencia, se instauró un gobierno de transición que, conservando el orden, renunció a las conquistas logradas por los insurgentes de la clase media: la democracia y la república (*Proceso*, p. 218).

La concepción de “madurez” y del tránsito histórico que triunfó en 1821, rechazó la libertad revolucionaria como fundamento del orden social y condujo a su antítesis: el mantenimiento de la sujeción (*Proceso*, p. 218). El movimiento libertario del pueblo quedó eliminado; la clase media relegada, la república postergada; persistían, sí, afirma Villoro, los privilegios y las desigualdades de clases. “El progreso se restringía a la abolición de las trabas que se oponían a los sectores propietarios y a cierta mejoría de la clase media” (*Proceso*, p. 219).

Los años posteriores a la consumación de la independencia fueron, para Villoro, la prolongación de estas dos actitudes históricas. Los conservadores representaron la continuación de la actitud de los criollos privilegiados que triunfaron en Iguala; los liberales, la de la clase media. El siglo XIX fue, para el autor, la búsqueda de la síntesis entre el orden y la madurez de unos y el futuro y la libertad de los otros.

### *El proceso: diálogo constante con el presente*

Si bien son varias la aportaciones de *El proceso ideológico de la revolución de independencia* al estudio del movimiento insurgente, pienso que sus mayores logros se sitúan del lado de la hermenéutica. Este libro, como expresión representativa de su tiempo, de los intereses del autor y de su grupo generacional, puso el acento en la interpretación.

El esquema teórico construido por Luis Villoro aportó una explicación racional de las posiciones e ideas políticas de los grupos sociales que participaron en el movimiento de independencia resolviendo así sus contradicciones. Demostró la complejidad de las divisiones sociales superando con ello las interpretaciones simplistas que veían en la dualidad étnica gachupín *versus* criollo y en las injusticias y resentimiento que padecían las castas y los indios la razón y “causa” toda del movimiento. Asimismo hizo comprensibles las alianzas entre clases y sus rupturas.

Empatando con el programa teórico que evocaba el Hiperión, la búsqueda de identidades, dejó claro que la aceptación de las ideas políticas propias del liberalismo obedeció no a una postura imitativa de la intelectualidad criolla sino a la reunión de dos factores: por un lado, la acción revolucionaria que llevó al criollo al encuentro con las demandas del pueblo, sensibilizándolo; por el otro, la negación del pasado y la proyección ideal de su futuro. Esta actitud histórica fue la condición que permitió la aceptación de esas ideas.

Este esquema, al proponer una historia de sujetos colectivos, de los grupos o clases sociales, se distanció de las versiones ejemplares que inundaban la producción historiográfica de su momento. Abandonó la historia ideologizada, creadora de conciencias y sentimientos nacionalistas. Sin carga moral replanteó desde la reflexión filosófica la historia de las ideas políticas durante el movimiento insurgente.

*El proceso ideológico de la revolución de independencia* es, también, una aportación a la teoría y la metodología del estudio de las ideologías en general. Como tal, el esquema propuesto por Luis Villoro puede ser aplicado a otros procesos históricos, incluso al que vivimos. Las categorías de "actitud histórica", "situación", "clase o grupo social" y "creencias" suministran una explicación a problemas tan actuales como son la dominación, los fundamentos y justificaciones del poder político y la libertad como acción. De ahí el significado de este libro. De ahí también su capacidad de diálogo constante con el presente.